«Victoria Ocampo (1890-1979): V. O. del lado de allá o el despertar del Sur-consciente (1896-1931)»[1]

Irma VELEZ
(IUFM de Paris)

«Je sais bien que ce que j'appelle patrie,c'est mon enfance...
pas autre chose.»
(Et j'y tiens dans ce sens là) (Ocampo, 1941 en Felgine, 145)

«América es,
precisamente, esa actitud,
esa facultad, ese poder de asimilarlo todo.
En ello estriba una de las pocas ventajas
que le llevamos al incomparable y viejo continente.
No la perdamos, ni la descuidemos.
¿Con qué la reemplazaríamos?»
(Ocampo, 1950, 147)

Victoria Ramona Francisca Ocampo Aguirre de Estrada, la que pide perdón en sus memorias por el recorrido kilométrico de su pila bautismal, nació al año que siguió la conmemoración del centenario de la Revolución francesa, un motivo entre tantos para que la escala por la «ville des lumières», *passage obligé* de la vanguardia artística, marcara como Londres, Roma o Nueva York, su propio destino. Por motivos de tiempo, me limitaré hoy a hablar de la relación de Victoria Ocampo con la capital parisina, durante sus años de juventud, porque me parece que en ellos se fragua la relación por venir de su destino literario quizá más conocido de Ustedes, el de la gran mecenas de las letras americanas en Europa y anfitriona de destacados autores americanos, europeos o indios en Argentina, para los cuales se desvivió y entregó vida, casa y fortuna, junto con su labor en la editorial *Sur*.

Al nacer Victoria Ocampo, París, que califica como «la más conmovedora capital de Europa» en el cuarto volumen de sus testimonios (1950, 17) constaba de dos millones de habitantes, con grandes bulevares edificados

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

desde la extensión capitalina de 1670, y los 28 puentes que unían las distintas veras del Sena. En los años anteriores a su nacimiento, se habían erguido en París estatuas en bronce, como la de los hermanos Morice Léopold Morice (1846-1919) y Charles Morice (1848-1918), colocada en la Plaza de la República en 1883. La estatua de los hermanos Morice inspiró otra estatua a Auguste Bartholdi (1834-1904), inaugurada en 1886, y que Ocampo no vería hasta la fecha de su primer viaje a Nueva York (1930). Su escultor nos devolvió unas cuantas réplicas de la «Liberté éclairant le monde»: la de l'île des Cygnes (1885) sobre el Sena amparada por el Pont de Grenelle en Paris XV y orientada hacia el oeste de cara a Nueva York, así como el modelo reducido original del Jardín de Luxemburgo obsequiado para la exposición de 1900, la de Saint-Cyr-sur-Mer (1913), y las de Barentin (1965), Poitiers (1903) o Lunel (1990). Las idas y venidas de Ocampo entre París y Buenos Aires se parecen un poco a las de las esculturas de Bartholdi entre París y Nueva York: una diseminación de sí misma erguida] altiva en cada lugar ocupado, libro en mano, de la Constitución para una, de la confesión para la otra, pero evocando inevitablemente la réplica de la otra, siendo siempre la versión original del lado de allá.



Statue de la liberté à Poitiers



Retrato de Victoria Ocampo

Victoria Ocampo, V.O. del lado de allá, de algún lado importado siempre, intraducible por auténtico, inverosímil por original, se rehusó a pensar que «je est un autre», ella, quien escribía: «Soy *lo otro*» (el subrayado es mío, 1979, 61). Comparándose con Güiraldes escribió: «Así somos nosotros, él, yo, algunos más: desterrados de América en Europa, desterrados de Europa en América. *La gioia è sempre all'altra riva.*»[2] Aquel salto hacia la otredad europea indispensable para conocerse y buscarse entre la pampa y las ciudades del Viejo Continente se saldaría con una deuda: la impresión de

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

«ser la propietaria de un alma sin pasaporte»[3]. Alma errante tal vez pero en un cuerpo desconcertante que siempre despertaría curiosidad, bien sea manejando un auto en Buenos Aires o sorprendiendo los ambientes más mundanos de París. Pregunta un periodista al respecto: «Quién era aquella muchacha morena a quien, en medio de la función de gala de la Ópera de París, apuntaba la artillería de todos los binoculares?» (Brizuela).

De aquel París idealizado, no dejará sin embargo ninguna huellas fotográficas en sus memorias, al contrario de los paisajes genealógicos que se esparcen por el primero y segundo tomo de su *Autobiografía*, como el de «San Luís en la época en la que mi padre construía puentes allí» (1979, 49), o en una fotografía suya junto a un ombú (1980, 48), o las casas típicas que tanto la arraigaron a su tierra como Villa Ocampo (1980, 64), la casa de Buenos Aires (1980, 144), o la Estancia «La Rabona» donde aparece con su abuelo en la carátula del primer tomo de sus memorias (1979).



«Punta seca de Helleu», Paris, 1909.» En *Autobiografía II, El imperio insular* (1980, 176). Buenos Aires, Argentina, Sur.

Por tanto en esta *Autobiografía* iniciada en 1952, o sea después de haber recorrido el mundo en barco e incluso en avión (en 1943 a NY) y publicada a partir de 1979, Ocampo le otorga a París un lugar menor en la topografía gráfica, no así, lo sabemos en la sentimental o intelectual, o incluso en la artística. Roma por ejemplo se vuelve más presente en el tercer tomo, en el que aparece en el título de la fotografía insertada del amante Julián Martínez en 1913 (1981 33) a quien le debemos sin duda la escritura de estos seis tomos (Iglesia). París aparece en el subtítulo del quinto tomo asociado con

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

el de Drieu la Rochelle, de quien volveré a hablar más adelante, y menciona la capital numerosas veces en tanto que contexto, escenario, ilusión o proyección literaria. Del París gráfico o pictórico sólo entrega un retrato a punta seca de Paul César Helleu (1980, 176), famoso por sus retratos de mujeres elegantes. Siguiendo así las prácticas de una tía suya retratada en «Jeune femme au chapeau bleu» (1900)[4] por Renoir, suscribe a los rituales que unían los sectores artísticos de producción y las esferas sociales pudientes de diseminación de una modernidad asentada por mucho tiempo en la capital de las luces. Un centro de la modernidad, que como lo descubrirá Ocampo después de Bartholdi, habría de salirse de la ciudad luces y orientarse hacia otra isla, más cercana a la de Ellis Island.

La ausencia fotográfica de París se compensa por un recorrido extenso de la capital con artistas, escritores, músicos y hasta diseñadoras, que conoció en París y con algunos de los cuales anudaría entrañables amistades. Lo demás ya lo sabemos: Tagore llegó a Buenos Aires por la traducción que descubrió Ocampo de André Gide y Roger Caillois difundió y tradujo la obra de Jorge Luis Borges en París para citar sólo dos ejemplos de las encrucijadas literarias a las que participó Ocampo.

Pero en sus años de juventud, París lleva la impronta del desajuste y de la pérdida. Al recordar su «*Primer viaje*» (1896) escribe: «Vamos a irnos. Yo no quiero despedirme. Tengo miedo de las despedidas [...] Tengo una gorra de terciopelo con cintas blancas, anchas, de raso, que pasan sobre mis orejas y se atan en el cuello. Estas cintas me impedirán oír... Tengo miedo de oír llorar.» (Ocampo, 1980, 80). París fue además el momento estratégico del asentamiento de la supuesta diglosia lingüística que la alejaría de la escritura en español: una diglosia que enmascara con la traducción al español de sus memorias pero a partir de la cual deja constancia de la frustrante alfabetización en francés con la exigente Alexandrine Bonnemaison (Ocampo 1944, 24-25). Sufre entonces, algo que poco se menciona en el incesante panegírico crítico de su afrancesamiento: el agudo sentimiento de pérdida del significado asociado con ese doble aprendizaje y con otras pérdidas de las que hablaremos más adelante, determinantes para su destino literario. Reordenando contenidos de su diario de infancia, escribe «Aprendo francés sin saber cómo.» (1980, 83). Nada hubo de «natural» en ese desfase inicial entre lectura e incomprensión lectora, un desajuste entre significante y significado, duplicado por el esfuerzo y goce intelectual que supondría a la vez (Ocampo, 1980, 83). Una diglosia oral y escrita, que ya se evidenciaba en «Palabras francesas», un ensayo autobiográfico anterior a sus memorias, en el que se defiende de las acusaciones de «coquetería» imputadas a ciertos escritores bonaerenses por escribir en francés. Su alfabetización en francés fue sin duda uno de los motivos por los cuales, «prisionera de otro idioma», se convirtió en «un ser humano en busca de expresión» (1931, 13)[5].

Por ello resulta significante la fecha en que Ocampo le pone origen al «comienzo de su carrera literaria» (1979, 113) en una nota a pie de página,

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

como muchas de las grandes revelaciones de sus memorias, tras relatar la queja de su maestra inglesa Miss Ellis por sus malas notas: «(...) no sabiendo coma desquitarme, me puse a escribir. Escribí una protesta acusando a Miss Ellis de ser cobarde por «contarles» cosas a mis padres (...). Descubrí que escribir era un alivio.» (1979, 113). Una maestra que temía menos que a Mademoiselle Guérin, inmersa en un «mundo, sin fantasía» en el que le imponía su autoridad, desde la alienante enseñanza del francés:

> «Vous allez me conjuguer le verbe répondre» «Vous allez me conjuguer le verbe grogner».
> –Impossible
> –Impossible n'est pas français.
> Si no era francés tampoco era argentino. ¡Miren qué pretensión!» (1979, 114-115).

Desde los primeros años de su vida, el aprendizaje del francés trajo con él, sus primeras resistencias semánticas y linguísticas, en un mundo cuyo orden linguístico, no le había permitido elegir, sino que la destinaría a definir su identidad a partir de aquel bilingüismo inicial.

Emprendió su primer viaje a la capital (1896) cuando tenía seis años, y con una familia que se había embarcado con dos vacas, pollos y gallinas, por un año entero, para no faltar de nada durante la travesía. Ocampo escribe antes del embarque de vuelta a Buenos Aires:

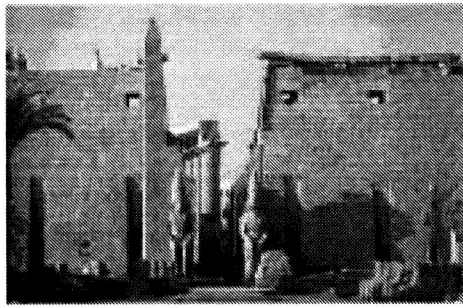
> «Vamos a embarcarnos para Buenos Aires. Madrina me pregunta: «¿Qué querés que te compre como recuerdo de Paris?» En la rue de la Paix, en Cartier, he visto un anillo con un rubí que parece un caramelo cuadrado de frambuesa de Boissier. Digo: «El rubí de Cartier». Me contesta Madrina: «No es anillo para chicas. ¿Qué otra cosa te gustaría?». Entonces digo: «Dame una fotografía grande de la place de la Concorde». (Ocampo, 1979, 88). [6]»

En esta plaza de la Concorde se yergue desde 1831, el obelisco de Luxor en granito rosado cubierto de jeroglíficos desde hace más de 3300 años. El obelisco fue regalado a Francia por el virrey y Pacha Muhammad Ali y venía del Templo de la ciudad de Luxor, que antiguamente conocían como Ipt *rsyt*, o «el santuario del sur». Ocampo anhela por tanto de su primer viaje una fotografía de la versión occidental del santuario de otro *Sur* por venir en esta plaza que sigue encarnando el diálogo entre las culturas, como lo demuestra la última campaña de publicidad para la apertura del museo del Quai Branly[7].

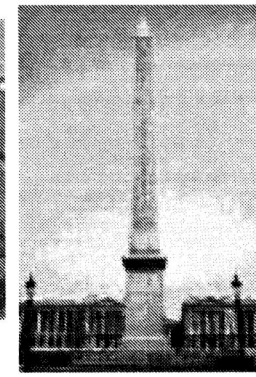
Esta plaza también auspició momentos históricos capitales de la historia de Francia, trocándole el nombre varias veces: Plaza de Luis XV primero, y Plaza de la Revolución en 1792, por haberse sometido en ella a la guillotina personajes como Luis XVI y María Antonieta. Quizá Ocampo se quería llevar algo –[sin saberlo aún]– del carácter revolucionario de este lugar

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

privilegiado donde habría reparado la posibilidad de cortarles metafóricamente la cabeza a la autoridad de sus padres, en el segundo viaje.



Templo de la ciudad de Luxor



Plaza de la Concorde

El 20 de febrero de 1909 escribe: «... empiezo a querer demasiado a París. Por desgracia no tengo la libertad que debería y podría tener (1980, 119). A pesar de ello París, se convirtió –en este segundo viaje– en la posibilidad de iniciar una actividad lectora que califica de «omnívora» permitiéndole edificar una «biblioteca privada», debajo del colchón, para coartar la censura materna (1980, 60). contra la cual luchó con resabios histriónicos, según lo demuestra el ejemplo siguiente:

> «Ejemplo de esta censura sin motivos aparentes fue el secuestro de mi ejemplar de *De Profundis* (Oscar Wilde) encontrado par mi madre debajo de mi colchón, en el Hotel Majestic (París). Yo tenía diecinueve años. Por supuesto que hubo una escena memorable en que yo declaré que así no seguiría viviendo y que estaba dispuesta a tirarme por la ventana. Mi madre no se dejó inmutar por la amenaza, no me devolvió el libro y salió de mi cuarto diciendo que yo no tenía compostura. Le di inmediatamente la razón, tirando medias por la ventana. Fue un acto simbólico, muy festejado por los chauffeurs que estaban en la avenue Kléber y se divertían como locos» (1980, 61).

París fue por tanto y desde un principio el cruce de varios espacios: el de la memoria con la aventura, el de la placentera revelación de una ansiada modernidad con el hastío por el provincialismo de «La patria insignificante que me había tocado» (1979, 10), el del temor al olvido con el pesar de la nostalgia, un encuentro de temporalidades y elecciones que se inicia en el primer tomo de la *Autobiografía* y que se resuelve en el último con la

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

publicación de una carta de Waldo Frank, fechada del 25 de febrero de 1931 en la que Waldo Frank le exclamaba «¡Eras americana sin saberlo!»



Publicidad para la apertura del Musée du Quai Branly

(101). Aquel año salió en el verano el primer número de la revista *Sur*, con una carta de Victoria Ocampo a Waldo Frank en la cual explica su relación con Europa y América como nunca lo había podido hacer hasta entonces,[8] como lo demuestran las memorias de su segundo viaje a la capital (1908), el de la adolescente llegando a la edad adulta.

En el apartado «Algunas cartas a Delfina» escritas desde el Hotel Majestic (fechada del 10 de diciembre de 1908), le dice a Delfina Bunge: «No podés imaginar lo triste que estoy en este gran París glacial y lleno de neblina. Al demonio con todos los parises del mundo. Y sin embargo, me gusta.» (1980, 115). Esta opinión opuesta a la anteriormente citada. No corresponden ni la una ni la otra a cada uno de los dos primeros viajes emprendidos, sino a dos estados de ánimos tan variables como recurrentes, condicionados por una visión romántica de la capital en la que ya nada compensa sus ansias de conquista amorosa y los inicios de su complejo de Pentesilea (1951, 43). En compañía del fiel secretario de Anatole France, autor unos años después de *Itinéraire de Paris a Buenos-Ayres* [9], un libro que recorre el periplo inverso de Anatole France y su serie de conferencias por América, le escribe a Delfina Bunge (fechada del 10 de enero de 1909):

> «Aquí el cielo está siempre gris. Y cuando no está gris, me siento triste porque el día está lindo. ¿Qué sentido tiene una vida sin amor a partir de los dieciocho años? Hace unos días, recorríamos las salas del Louvre en compañía de Adelia Acevedo y Brousson (el secretario de Anatole France).

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

> Delante de una estatua de Cupido se detuvo y dijo: «Qui que tu sois, voici ton Maître. Il l'est, le fut ou le doit être». (1980, 117).

París: escenario de profecías trágico-románticas para conjurar la soledad en la que la había abandonado su vocación prohibida: «*Je rate ma vie*. Presiento que jamás llegaré a ser nada, a cumplir mi destino. Había nacido para el teatro.» (1980, 105). París: vértigo del poder y perderse, del estar y no ser, de la amenaza incesante de una esterilidad sumergida en la fecunda energía de la capital.[10] Así como se le atribuye a Rimbaud la equivocada cita: «la vraie vie est ailleurs» cuando en realidad dijo «est absente», París, venía a llenar en aquellos años suyos de juventud la urgencia de buscar en ese *ailleurs* otra manera de llenar el vacío dejado por la ausencia de vocación y de amores. A ella, a quién «nada le bastaba» y todo le sobraba en un «*surplus*» de vitalidad (Schultz de Mantovani, 12) y de sensibilidad estética, París no la iba a dejar insensible. Pero aquel «*surplus* de vida y de talento»:

> «...me agobian, porque no los empleo, lo único que se me ocurre (o puedo) hacer es quejarme por carta en un estilo abominable, de la indigencia de la sociedad en que he nacido. Lo único que se me ocurre es ir a dar vueltas alrededor de la pista de carreras de Auteuil como si fuese un caballo, subir a las torres de Notre Dame para mirar las *gargouilles* y el Sena desde arriba. Perdóname. Soy una triunfadora derrotada antes de triunfar» (1980, 134).

Para la Victoria que temía regresarse a Buenos Aires sin victoria alguna, París fue también el lugar en el que habría de superar otras aprensiones y pérdidas como la primera separación con su hermana Angélica, curada en 1908 en un sanatorio de la capital (Langendorf, 112); la muerte «que más pudo afectarla por cercana» (Schultz de Mantovani, 15)[11], la de su hermana Clarita, o la de su tía abuela Vitola (diciembre 1909). París fue por tanto también un espacio de separaciones y luto personal.

En definitiva, sus primeros encuentros con la capital fueron marcados por el impulso hacia esa otredad que lideraba en cuanto a modelos de representación y consumo cultural para la gente de su condición y los primeros desfases entre la pérdida de la vocación inicial y aquéllas por venir, en un presente en el que su escritura se esfuerza en dejar huellas de una profunda nostalgia por su tierra: «Creo que mi destino es estar eternamente ausente del presente. Descontenta cuando tengo a mi alcance el objeto de mi ambición. Mis miradas buscan enseguida otros horizontes. (...) Ahora extraño el sol, el cielo de mi tierra. Por primera vez comprendo que la tierra donde hemos nacido nos tiene atados. Quiero a América.» (1980, 117). Del lado de acá, en París, Victoria Ocampo se convertía paulatinamente en la versión original del lado de allá.

Quedaron sin embargo huellas inconfundibles de su educación extranjerizante, en su propia escritura. Si bien anuncié la ausencia de fotografías sobre París en sus memorias, lucen sin embargo en el primer tomo tres ejemplos de cartas escritas a su madre en francés durante su

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

primera estancia en París y textos poéticos escritos en francés en su segundo viaje a Francia. Como cualquier documento histórico, validan y legitiman sus iniciales incursiones literarias por la lengua de Molière: un soneto manuscrito con la trascripción (1980, 16-18), y un rondel también trascrito (1980, 32-33). París fue por tanto el momento en que Ocampo escribe poesía en francés, dejando constancia para los que siguieran dudando de su talento juvenil, de la atención que algunas instancias literarias parisinas le habían prestado a sus intentos poéticos: «Tengo aquí una carta escrita a la persona que le dio un *rondel* mío. Dice que el autor (yo) podría «se faire un nom avec son talent» (1980, 120). Recuerdo que le hace eco a otro, en carta de 1924 à Ernest Ansermet: «Roustan a beaucoup aimé *De Francesca à Beatrice* en *français*. Il aime *mon* français.» (Langendorf, 70)

La pérdida de la hermana, del idioma original y el alejamiento de la patria, serían compensados en la capital por acontecimientos de igual importancia, como lo pudo ser el nacimiento de su hermana Rosa,[12] la publicación de creaciones poéticas que no se volverían a dar, a pesar de que en el catálogo de la BNF se la clasifique como desacertadamente de «romancière». París en definitiva le permitió consolidar una visión de sí misma como *passeur*, y la posibilidad de invertir sus energías profesionales en una carrera como traductora y editora.

Una vez cruzado el charco, como se decía entonces, una vez asumidas las sutilezas del nuevo idioma, y a partir de aquellas dificultades iniciales nunca más mencionadas (que yo sepa), empezaría una larga vocación de traductora con una disposición para ello que destaca ya en la escritura de sus memorias de infancia, donde escribe, y traduce, atenta a un lector americano, las peculiaridades culturales francesas a partir de las cuales se ubicó, se resistió y se fue identificando cada vez más con América. Alusiones a la flora y la fauna salpican estos fragmentos de tal manera que Ocampo se identifica con animales y paisajes parisinos no desprovistos de interés. Del Bois de Boulogne escribe: «Cuando paseamos cerca del lago, en el *Bois*, nos compran un pan *bis*, especial para los patos y cisnes. Me gusta más que el pan blanco. Lo como, cuando no me ven.» (Ocampo, 1980, 83). Y desde entonces su destino de *canard boiteux*, o de «vaca más bella de la pampa» según las palabras de Roger Caillois, habría de diseñarse a partir de resistencias lingüísticas y analogías animalescas con afirmaciones identitarias cada vez más marcadas. Al rechazar la definición de Mlle Guérin en francés sobre el Río de la Plata escribe:

> *«Fleuve ou bras de mer formé de l'Uruguay et du Paraná baignant Buenos Aires et Montevideo, large de 230 kilomètres à l'entrée.»*
>
> «Perfecto. Así será. Pero «el río», para mí, era lo que se veía, lo que se había vista siempre desde la azotea, en la calle Viamonte, o desde la barranca en San Isidro. [*la describe*] (...) Era esa casa inmensa, de lejos, y que de cerca se amansaba, se arrodillaba como los camellos del Jardin d'Aclimatation, en París, cuando los chicos subían para dar una vueltita.» (1979, 152-153)

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

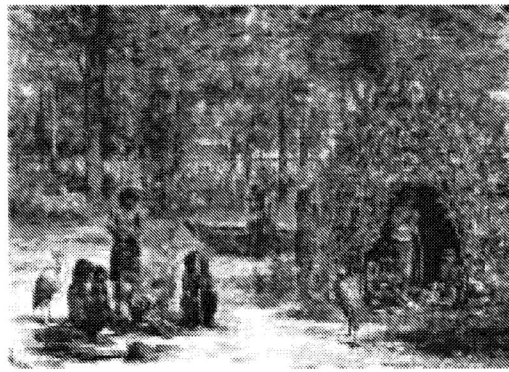
Cortázar recordaría los leones de otro jardín, por haber hecho el recorrido inverso en su cuento «el Axolotl» de *Final de juego* (1956), el viaje de retorno del intelectual latinoamericano maduro hacia América. En el caso de Ocampo, no cabía espacio en la memoria para otro jardín que el de Aclimatation, porque a base de aclimatarse desde dentro y desde afuera, del lado de acá, y del lado de allá, terminó siendo otro tipo de *oiseau rare* con vistas a los animales exóticos de la capital como los camellos de Neuilly.

Pero en este jardín y pocos años antes que naciera Ocampo, se habían capturado y traído desde la Patagonia indígenas fueguinos para exhibirlos en uno de los primeros zoológicos humanos europeos. Según Blanchard, Bancel y Lemaire, entre 1877 y 1912, se dieron más de treinta exhibiciones etnológicas de este tipo en el Jardín zoológico de aclimatación de París, con un éxito descomunal[13]. Por tanto, más que un acto de confesión del «animal que fue» (Derrida 272), estas identificaciones animalescas por parte de quien sin duda alguna tuvo que haber visto sino oído hablar o leído sobre los espectáculos de aquellos «zoos humanos», demuestran que a pesar del encanto que ejercía París sobre Ocampo, la mirada que le devolvía la capital estaba teñida de una profunda intolerancia arraigada en actitudes colonialistas, con las que nunca se sentiría cómoda.[14]



«Les Fuegiens» en *Le Monde de la Jeunesse*,
aparece en 1890, año de nacimiento de Victoria Ocampo.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes



«Les Fuégiens ou habitants de la Terre de feu
au Jardin d'Acclimatation», *Le Journal illustré*, 11 septembre 1881.

En los siguientes viajes, y ya después de las dos Guerras París auspició encuentros con muchos escritores como Roger Caillois o Malraux en cuya casa conoció a Koestler (1950,79) y descubrió aun personajes como el escritor australiano Richard Hillary. Quizá el encuentro con Drieu La Rochelle fuera más llamativo por la relación de odio y amor que éste tenía con su patria, en parte comparable al suyo propio. Afincado en la Isla de la Cité, el futuro director de La *Nouvelle Revue Française*, pensando que «le français se refuse à la géographie...» (Ocampo 1950, 39) conoció a Ocampo en 1930 en casa de Isabel Dato, Avenue de la Bourdonnais (1950, 14). Ella «denotaba [en él] una pulcritud poco habitual en los escritores franceses. Este refinamiento en la indumentaria suele despreciarse en las altas esferas intelectuales» (1950, 15). Lo recuerda en las memorias, y en un ensayo publicado anteriormente a éstas:

> «Todo esto [París] está podrido –me decía–. ¡Ruinas, sólo ruinas! ¡Ah, qué muertos estamos! La maleza invade ya, para mí, estas calles que a usted la maravillan y esta catedral, y estos palacios.» (1950,17) París, una ciudad donde lo volverá a encontrar en 1939 (1950,24) y desde donde, en 1943 reconoce Drieu ser tan apasionado como ella según lo cita ella de su correspondencia con él (1950,34). Ciudad mitificada por otro destino trágico: en marzo de 1945, le anunciaron a Ocampo el suicidio de Drieu por teléfono (1950, 35) y descubrió en 1946, 17 años después de haberle conocido, la carta que le había mandado Drieu a Buenos Aires antes de suicidarse y que leyó en Londres donde se la habían remitido: «con su ventana abierta de par en par estaba mirando París antes de irse. Así el nombre de esa querida ciudad volvía de nuevo, nos acompañaba en la despedida.» (1950, 36).

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

La muerte de Drieu fue un momento clave a partir del cual vuelve a pensar con una nueva mirada, ya no tan «maravillada» ni tampoco desencantada, sino más madura sobre la capital francesa, y lo que pudo representar para ella esta ciudad:

> «Yo no había tenido como él la suerte de nacer y de vivir mi vida entera en la más bella capital del mundo. Circunstancias de esta índole, si bien nos restan ventajas enormes, pueden enseñarnos varias cosas. Por ejemplo, que es posible, enternecerse ante ciertas fealdades y que todos los enternecimientos no son de orden exclusivamente estético. Tal aprendizaje nos da, también, una capacidad para ver la belleza de París sin por eso negar la de Nueva York, capacidad bastante poco frecuente entre los europeos. Haber nacido en el Nuevo Continente y en esta punta del Nuevo Continente (así como en la punta opuesta) significa carecer de los esplendores del pasado, presente en palacios, templos y catedrales. Pero nuestra desprejuiciada indigencia puede ser fecunda si alcanzamos gracias a ella una visión más amplia del mundo.» (Ocampo, 1950, 39)

La obra de Ocampo teje con París puntadas hacia fuera y hacia adentro en la lucha que llevó a cabo para superar los prejuicios de su clase, el hecho de que en su propio país «No era lícito ser joven» (1980, 71) ya que a las mujeres jóvenes se las tenía en una «esclavitud tremenda» (1980, 71) en «un *pas-prisonnier-mais*» (1980, 62). Desde aquel espacio social incómodo pero no obstante siempre privilegiado, logró sacar provecho de toda relación política o artística que en él se dio. La capital francesa le había despertado desde su más tierna infancia el «Sud-conscient»[15] y para cuando los dirigentes de la III[a] República justificaban en una festiva Exposición Colonial (1931) las glorias y buenas intenciones de las conquistas coloniales en París, estaba a punto de salir en Buenos Aires el primer número de *Sur*. Con él iba a nacer un nuevo «orden ecuménico» de lecturas (1950, 76)[16] que sacaría a América de los márgenes de las esferas de producción y difusión y para cuyo desarrollo cultural, ya pronto París dejaría de ser el *passage obligé*.

NOTAS

1. Quisiera dedicarle esta lectura al recién fallecido profesor René P. Garay.
2. Citado en Schultz de Mantovani 55 de *Supremacía del alma y de la sangre*, Buenos Aires, Madrid: Edit. *Sur*, 1935.
3. Citado en Schultz de Mantovani 64 de *Testimonios I*, Madrid: Revista de Occidente, 1935.
4. María Esther Vázquez justifica su «espléndida educación» y «»refinamiento natural», declarando: «Una de sus tías, una Bemberg, es la famosa dama del sombrerito azul de Renoir». (http://www.victoriaocampo.com/editorial/revista/Art4.htm)
5. Explica Ocampo: «Es perfectamente exacto que todas las veces que quiero escribir, '*unpack my heart with words*', escribo primero en francés. Pero no lo hago por una elección deliberada –y aquí es donde se equivoca M. Daireaux–. Me veo

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

obligada a ello por una necesidad interior. La elección ha tenido lugar en mí sin que mi voluntad pudiese intervenir. Mi voluntad, por el contrario, trata ahora a tal punto de corregir este estado de cosas que no he publicado nada en francés –excepción hecha de 'De Francesca a Beatrice'– y que vivo traduciéndome o haciéndome traducir por los demás continuamente.
Lo que más me interesa decir es principalmente aquí, en mi tierra, donde tengo que decirlo y en una lengua familiar a todos. Lo que escribo en francés no es francés, en cierto sentido, respecto al espíritu. Y sin embargo –he aquí el drama– siento que nunca vendrán espontáneamente en mi ayuda las palabras españolas, precisamente cuando yo esté emocionada, precisamente cuando las necesite. Quedaré siempre prisionera de otro idioma, quiéralo o no, porque ese es el lugar en que mi alma se ha aclimatado.» (1931, 16–17)

6. Recordemos que un año antes de nacer Victoria Ocampo se edificó la Tour Eiffel para la Exposición Universal y que mal percibida por la élite artística y literaria parisina, el año en que emprende Ocampo su segundo viaje a Europa, por poco se destruye la Tour Eiffel, salvada exclusivamente porque se presentaba útil para fijar las antenas para la nueva ciencia en boga: la radiotelegrafía.
Pero la Tour Eiffel había sido y seguía siendo además útil para las numerosas «exhibiciones etnológicas» de las que hablaré más adelante, como en las Exposiciones universales de 1878 y 1889 con su 'village nègre' y sus 400 'indigènes', o la de 1900, a la que acudieron 50 millones de visitantes, y las de 1907 y 1931, fechas entre las cuales había estado Ocampo reiteradas veces en la capital (Blanchard, Bancel y Lemaire).
7. Concebida por la agencia M&CSaatchi.GAD, las fotografías fueron tomadas por Régis Fialaire, y ponen todas en escenas el encuentro de París con obras artísticas de otros continentes. En la que se muestra aquí, destaca una estatua de la isla de Pascua.
8. De la reproducción hecha por el Instituto Cervantes en http: www. cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/acadLetArg/092539 5530028.1973132268/p0000001.htm «[...] Ya en *París*, vi que el proyecto de revista me había precedido. Advertí el fantástico y absurdo aspecto que adquirió al pasar por las ajenas ese propósito inarticulado por mi boca. Entonces comprendí que tan grosera caricatura no cedería ante mis explicaciones o rectificaciones, sino ante la revista misma. Digo caricatura grosera al recordar que se me preguntó, con la mayor seriedad del mundo, si mi revista se proponía volverle la espalda a Europa. ¡Sencillamente porque declaré que su fin principal consistiría en estudiar los problemas que nos conciernen, de un modo vital, a los americanos! *¡Volver la espalda a Europa! ¿Siente el ridículo infinito de esa frase? Claro está que nos vemos irremisiblemente obligados, en el sentido físico como en el intelectual, a dar la espalda a alguna cosa si queremos volver la cara hacia otra. Pero eso no implica forzosamente que nos demos vuelta en sentido figurado.* Cuando me acuesto para dormir me acuesto boca abajo y vuelvo la espalda al cielo. Cuando sólo descanso me extiendo de espaldas y las vuelvo a la tierra. Dios sabe, sin embargo, hasta qué punto adoro su cielo y su tierra (el subrayado es mío, 12)».
9. Publicado en París por Les Éditions G. Gres et Cie., 1928. Traducción al español: *Anatole France en la Argentina. (Itinerario de París a Buenos Aires). Traducción directa del francés de Jorge de Marepois*. Buenos Aires, Editorial Excelsior, s/ d. Wrappers.
10. – Ansiedad que permanecería en ella por mucho tiempo como lo demuestro una carta de consuelo de Ansermet del 3 de diciembre de 1924: «Non, votre vie

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

n'est pas stérile. Déjà, elle est oeuvre, de toutes parts. Et sa forme écrite viendra de plus en plus.» (Langendorf, 91)

11. – Véase *Autobiografía II. El Imperio insular* donde describe detalladamente sus sentimientos (12).
12. «Después de la lectura me dicen que tengo que entrar despacito en el cuarto de mamá, para ver un bebito nuevo en una cuna nueva. Se llamará Rosa. Rosinette.» (Ocampo, 1980, 85).
13. Explican estos autores: «De nombreux autres lieux vont rapidement présenter de tels 'spectacles' ou les adapter à des fins plus 'politiques', à l'image des Expositions universelles parisiennes de 1878, de 1889 (dont le 'clou' était la tour Eiffel) (...) C'est alors par millions que les Français, de 1877 au début des années 30, vont à la rencontre de l'Autre. Un 'autre' mis en scène et en cage. Qu'il soit peuple 'étrange' venu de tous les coins du monde ou indigène de l'Empire, il constitue, pour la grande majorité des métropolitains, le premier contact avec l'altérité.»
14. En carta del 11 de octubre de 1924 a Ansermet escribe : «Lu dans la *Revue hebdomadaire* : «L'Uruguay : jeune nation sud-américaine, *d'origine indienne pure* très récemment venue à la civilisation.» Autrement dit, les grands-pères des fougueux jeunes gens que nous avons applaudis à Colombes devaient fouler encore avec entrain «le sentier de la guerre»... Puis quelques pages pour prouver que les Sud-Américains étaient vainqueurs, au football, à cause de certaines qualités acrobatiques qui ne peuvent être développées au maximum que chez des sauvages appartenant aux peuplades guerrières. Elles en ont de bonnes, les revues françaises. Je me demande si les renseignements qu'on y lit sur d'autres sujets sont aussi exacts.» (Langendorf, 72-73). Esta actitud se reitera en los comentarios que hará sobre la recepción francesa de Tagore en otra carta fechada del 24 de enero 1925: «Ces gens parlent de choses dont ils ignorent le premier mot. J'avoue que je suis profondément irritée. Ah ! Comme ils sont français !... (C'est-à-dire comme ils ferment les yeux à tout ce qui n'est pas français !... comme ils méprisent ce qui leur échappe. Je parle des pages de Maritain où l'on fait allusion à l'Orient.) Pourquoi, pourquoi ce manque de sympathie ? Pourquoi cette attitude de dédain, de supériorité absolue Je déteste cet esprit. Ah ! comme je le déteste.» (Langendorf, 99).
15. Término que utiliza Ansermet para definir sus delirios febriles en español mientras dormía (Langendorf, 73).
16. «Poco importa para un argentino –por muy argentino que sea que un T. E. o un Ghandiji no sean argentinos. Entramos, con ellos, en un orden ecuménico.» (Ocampo 1950 76).
    «Punta seca de Helleu.París, 1909.» En *Autobiografía II. El imperio insular* (1980, 176). Buenos Aires, Argentina, Sur. Templo de la ciudad de Luxor, Plaza de la Concorde.
    «Les Fuegiens» en *Le Monde de la Jeunesse*, aparece en 1890, año de nacimiento de Victoria Ocampo.
    «Les Fuégiens ou habitants de la Terre de Feu au Jardin d'Acclimatation», *Le Journal illustré*, 11 septembre 1881.

OBRAS CITADAS

Blanchard, Pascal & Nicolas Bancel & Sandrine Lemaire (2000). «Des exhibitions racistes qui fascinaient les européens. Ces zoos humains de la République coloniale», Le Monde Diplomatique online http://www.monde-diplomatique.fr/2000/08/BANCEL/14145. 2000.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

Brizuela, L. (2005). «Victoria Ocampo & Julián Martínez: el principio de un affaire.» La Nación. Buenos Aires, La nacion.com: http://www.lanacion.com.ar/Archivo/nota.asp.nota_id=666830&aplicacion_id=12.
Derrida, J. (1999). «L'animal que donc je suis (à suivre)». *L'animal autobiographique. Autour de Jacques Derrida*. M.-L. Mallet. Paris, Galilée: 251-301.
Iglesia, Cristina. «La escritura de Victoria Ocampo: malestar, destierro y traducción» en *Feminaria literaria*. Nov. 1995: 4-6.
Felgine, L. A. O., Ed. (1997). *Correspondance Roger Caillois / Victoria Ocampo*. Paris, Stock.
Langendorf, J.-J., Ed. (2005). Vies croisées de Victoria Ocampo et Ernest Ansermet. Correspondance 1924-1969. Paris, Buchet-Chastel.
Ocampo V. (1931). «Palabras francesas» en *Sur* Año 1: 7-25.
Ocampo, V. (1944). *Le Vert Paradis*. Buenos Aires: Editions Sur, Lettres françaises.
Ocampo, V. (1950). *Soledad sonora*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
Ocampo, V. (1951). *El viajero y una de sus sombras. Heyserling en mis memorias*. Buenos Aires, Sudamericana.
Ocampo, V. (1979). *Autobiografía I. El archipiélago*. Buenos Aires, Argentina : Sur. Edición 1980
Ocampo, V. (1980). *Autobiografía II. El imperio insular*. Buenos Aires, Argentina, Sur.
Ocampo, V. (1981).
Autobiografía III. *La Rama de Salszburgo*. Buenos Aires, Ediciones Revista Sur.
Ocampo, V. (1982). *Autobiografía IV. Viraje*. Buenos Aires, Ediciones Revista Sur.
Ocampo, V. (1983). *Autobiografía V. Versailles – Keyserling. París – Drieu*. Buenos Aires, Ediciones Revista Sur.
Ocampo, V. (1984). *Autobiografía VI. «Sur» y Cia*. Buenos Aires, Ediciones Revista Sur.
Vázquez, M. E. «Entrevista a María Esther Vázquez»: http://www.victoria ocampo.com/editorial/revista/Art4.htm.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Irma VÉLEZ. «Victoria Ocampo (1890-1979)...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes